

siempre hará lo mismo, si conservas la rectitud de tu corazón, si el impetu fogoso de tus pasiones no apaga en tí los sentimientos de la virtud. ¡Querido hijo! pronto te dexaré: pronto abandonaré este agradable país, para recibir en regiones infinitamente mas deliciosas, la recompensa de la virtud. Permanece siempre fiel á ella: llora con el afligido, y reparate tus bienes con el que está en la indigencia. Contribuye en quanto puedas al bien de tus semejantes: sé laborioso: levanta tu corazón hasta el soberano autor de la naturaleza, á quien los vientos y los mares obedecen, y que gobierna todo el universo: prefiere la ignominia y la muerte, antes que consentir en cometer un delito. La fama, las riquezas, el poder, solo es una vana ilusion: un corazón tranquilo es nuestro bien mas sólido... Pensando de este modo, he visto mis cabellos envejecerse en medio de la alegría, y aunque he observado ya ochenta veces florecer el bosquecillo que rodea nuestra cabaña, mis muchos años se han pasado como un dia sereno de primavera en medio de los mas dulces placeres... Es verdad que he experimentado algunos males. Quando tu hermano murió, mis ojos derramaron un torrente de lágrimas: el sol, el cielo, me parecieron tristes y sombríos... Algunas veces me ha sorprendido la tempestad en medio del mar, en mi barca ligera, y me ha arrojado con las olas al ayre, donde ha estado sostenida sobre la cima de una montaña de agua; despues las olas se baxaban repentinamente, y caía con un ruido espantoso en los mas profundos precipicios. Los habitantes del mar atemorizados, quando el furioso bramido de las olas sonaba sobre ellos, se precipitaban á los escondidos abismos. A cada instante me parecia que las olas que se abrian, iban á sumergirse en los húmedos sepulcros; el viento de la tempestad me cubria con un nuevo diluvio... pero bien pronto se calmaba la ira de los vientos, el ayre se paraba, y las olas sossegadas me retrataban la imágen del cielo. Los peces salian de los profundos senos, donde el furor de la tempestad los habia encerrado medrosos, y jugueteaban en la claridad que formaban los rayos del sol. Volvia á entrar en mi corazón el sosiego y la alegría... pero ya el sepulcro me aguarda. No te como. Espero en la misericordia del Criador, que la noche

